

A los cristianos, mujeres y hombres de buena voluntad.

Queridos amigos:

Reciban con esta carta nuestro saludo fraterno y nuestra esperanza de que el Señor de la historia esté con ustedes y también con nosotros para poder, a través suyo, comunicarnos, entendernos y apoyarnos.

Lo que vamos a plantear aquí no es nada nuevo, porque ustedes seguramente también lo han vivido, pero para nosotros es una necesidad compartirlo para sentirnos más cercanos, para sentirnos pueblo de Dios.

Somos los padres de Rafael, Eduardo, Pablo y Ana Luisa Vergara Toledo, una familia que ha caminado en la fe en nuestra experiencia de vida, junto a la comunidad cristiana y al quehacer del pueblo al que pertenecemos, en el sector de la Villa Francia ubicada en la zona oeste de Santiago, donde vivimos desde hace treinta años.

En este caminar buscando y reconociendo a Cristo vivo hoy día entre nosotros, hemos sentidos el amor liberador de Dios que nos fue despojando de ataduras, de seguridades, de miedos, de mitos en nuestro trabajo como comunidad; hemos compartido grandes alegrías, sintiéndonos comprometidamente solidarios entre nosotros y con los demás; corrigiéndonos mutuamente; respondiendo al urgente y apremiante llamado de Jesús de amar sin medida a los más pobres de entre nosotros, a los perseguidos, a los que sufren, buscando con ellos y junto a ellos formas de liberación (Mateo 25,31-40), (2 Corintios 5,14), (1 Jn. 3,17). Siempre como un pueblo que camina, invitándonos unos a otros a seguir buscando y construyendo los "cielos nuevos y la tierra nueva" (Ap. 21,1), (Is. 65,17). Nunca conformes, nunca instalados. Profundas conversiones y grandes compromisos se dieron allí.

Y al vivirlo así, tan intensamente hemos sufrido también golpes durísimos, como la desaparición en 1974 de tres integrantes de la comunidad, el asesinato de 12 personas que de una u otra forma combatieron la tiranía de Pinochet, el encarcelamiento de muchos de nosotros, la relegación, el exilio, la cesantía... O sea, sufrimos la persecución y el martirio, como cientos de miles de chilenos la sufrieron; sabemos que no somos los únicos; nos sabemos parte de un pueblo de una Iglesia Cuerpo de Cristo vivo hoy en esta historia de Chile y Latinoamérica.

En lo particular, nuestra familia se entregó de lleno al trabajo en la comunidad; los hijos mayores llegando a la universidad dieron el paso de un compromiso mayor, militando en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, convencidos de que su aporte allí contribuiría mejor al cambio de las estructuras de opresión que nos aplastan violentamente, con situaciones de injusticia permanente. Sabíamos que esto significaba un riesgo mayor para nosotros, pero todos teníamos una base sólida común desde donde trabajábamos por la liberación: el amor a nuestro pueblo; y así nos respetábamos.

El 29 de marzo de 1985 fueron asesinados por las fuerzas policiales seis ciudadanos chilenos; dos de ellos eran nuestros amados hijos Eduardo y Rafael, quienes fueron acribillados por la espalda: Eduardo murió instantáneamente al ser destrozados todos sus órganos vitales; Rafael fue herido en las piernas, golpeado con culatas y botas en su rostro fue llevado a la Tenencia Alessandri y rematado allí de un tiro en la nuca (testimonio de un funcionario de esa unidad policial, que consta en la Vicaría de la Solidaridad).

A pesar de todo lo caminado en la Comunidad cristiana y con nuestro pueblo, éste fue para nosotros un hecho trágico, una desgracia; fuimos heridos profundamente; nuestros hijos sobrevivientes debieron salir al exilio; nos quedamos solos. La tristeza y el llanto inundaron nuestros corazones; pero también fue un tiempo de denuncia de los criminales y de una incesante búsqueda de justicia - que nunca llegó porque el caso lo lleva la 2a Fiscalía Militar.

Cuando empezábamos a levantarnos para seguir caminando, recibimos un segundo golpe, la muerte de nuestro hijo mayor, Pablo, en noviembre de 1988.

Ha sido un tiempo duro para nuestra fe, un camino de oscuridad, de desesperanza, de un dolor jamás imaginado por nosotros; nos hemos sentidos abandonados de Dios y hemos gritado como Job ¿por qué?, y como Cristo gritó en la Cruz en su agonía ¿Dios mío por qué nos has abandonado? (Mateo 27, 46). Cada uno de nosotros "tocó fondo en las penumbras" a su modo.

Sin embargo, el habernos amado tan hondamente como familia, a Cristo, y a nuestro pueblo nos ha permitido ponernos de pie, sentir nuestra fe más adulta. En una conversión dolorosa, acrisolados nuestros corazones, hemos visto a nuestros hijos vivos, descubriendo que hablar de resurrección es más fácil que creer en ella, que no es una cuestión de pensamiento sino de sentimiento; que resurrección no es alienación ni olvido, sino que compromiso con Jesús para seguir haciéndolo presente ahora, en este nuevo proceso que vivimos; para seguir construyendo la justicia y la paz. Nos sentimos, en definitiva, más cercanos al Dios verdadero, el Dios de Abraham, de Isaías y de Jacob, el Dios de los pobres de todo el mundo.

Pero, la realidad que vivimos nos muestra que los cristianos hemos dejado de ser sal, se han callado nuestras bocas y hemos querido seguir construyendo nuestra casa sobre cimientos podridos. Hemos querido asumir, con una gran hipocresía, la reciente historia bañada con la sangre de cientos de chilenos, los cementerios clandestinos diseminados por todo el país con su horrorosa carga de muerte, crueldad, ensañamiento, vileza; la falta absoluta de respeto por la vida; la degradante postergación de nuestro pueblo pobre; la crisis del poder judicial; los servicios policiales corruptos. Hemos pretendido tapar, en nombre de una falsa paz social, todo el horror vivido durante casi dos décadas, bajo una de las más crueles dictaduras sufridas por el pueblo chileno y latinoamericano, enraizada aún en las estructuras y en nosotros los hombres de nuestro país.

Como cristianos pensamos que esta situación de IMPUNIDAD es un pecado social grave y a la vez peligroso y que para seguir construyendo el Reino de Dios aquí en la tierra y ahora, es fundamental asumir y juzgar con valentía la historia para poder aprender de ella. Y aquí el papel de los cristianos es fundamental.

Escuchemos lo que nos dice Mateo: "El que escucha mis palabras y las practica es un hombre inteligente que edificó su casa sobre la roca. Cayó la lluvia a torrentes, sopló el viento huracanado contra la casa, pero la casa no se derrumbó, porque tenía los cimientos sobre la roca". (Mt. 7,24-26).

Este es el tema central de nuestra carta. Y con San Romero de América decimos: "La Iglesia es el Cuerpo de Cristo en la Historia. Entendemos por esta expresión un Cristo que se ha querido hacer Vida de la Iglesia en todos los tiempos de la historia. Cristo fundó su Iglesia para seguir estando presente él mismo en la historia de los hombres, precisamente a través de ese grupo de cristianos que forman su Iglesia. La iglesia es entonces la carne en la que Cristo concreta, a lo largo de los siglos su propia vida y su misión personal".

"Por eso, en las diversas circunstancias de la historia, el criterio que guía a la iglesia no es la complacencia o el miedo a los hombres, por mas poderosos y temidos que sean, sino el deber de prestar a Cristo en la historia, su voz de iglesia, para que Jesús hable, sus pies, para que recorra el mundo actual, sus manos para trabajar en la construcción del Reino en el mundo actual..."

Nuestros amados hijos, como todos los combatientes caídos bajo la dictadura, dieron sus vidas por botar a un régimen criminal y para construir una sociedad verdaderamente solidaria. Toda esta sangre ha entrado en el caudal de la sangre de Cristo y nos grita que trabajemos decididamente por hacer de Chile un país realmente fraterno, donde construyendo la Justicia podamos mantener la Esperanza y la Fe vivas.

¡FELICES LOS QUE LUCHAN POR LA JUSTICIA!

Se despiden de ustedes con cariño,

Luisa Toledo y Manuel Vergara